

# NÚMERO OLVIDADO



No sin algún fundamento, se ha hecho notar que la ya célebre comisión del Centenario, tratando de asegurar el mayor lucimiento á las fiestas que se preparan, ha tomado en cuenta todo lo que podía hacer resaltar el progreso y la potencia económica del país: la agricultura, las artes, las industrias, pero ha dejado en completo olvido á las letras, si se exceptúan las de tesorería.

Sin duda porque la gente de pluma anda, por lo general, reñida con los millones, en el reparto de los que se han votado, los sesudos organizadores del grandioso festival han creído que no había para qué reservar una mínima porción á los cultivadores de la gaya ciencia, á los articulistas, á los noveladores, á todos, en fin, los que, vulgarmente, suelen llamarse literatos.

Pensaron que los que sólo sentían pasión por las "letras", no tendrían en gran estima los "cheques", pero, en ello, bien sabe Dios que se han equivocado profundamente.

Y la oportunidad era magnífica para favorecer siquiera un género literario que se puede considerar como una rama de la novela histórica.

Me refiero á la novela política.

¿Cuál no hubiera sido el éxito, por ejemplo, de un concurso de novelas sobre el tema siguiente?

"La presidencia de un vice  
ó ¡viva la reacción!"

Pero nadie ha pensado en ello. Y, sin embargo, el tema ¡es tan bonito!

Yo me permito lanzar la idea, por si algún editor con agallas se anima á hacer lo que no se le ha ocurrido á la comisión.

El asunto se presta admirablemente para una novela por entregas.

La entrada de cada provincia en la órbita del sol reaccionario podría ser descrita en una "entrega".

Habría capítulos interesantísimos. Se puede uno dar cuenta de la enjundia que tendrían con sólo citar los títulos que algunos podrían llevar: "El hombre ante la revolución", "Cómo se cierra un congreso", "Elecciones reaccionarias", "El poderío naval" y "Laudos y pataletas".

Inútil es decir cuánto partido podría

sacarse de algunos personajes que no habría necesidad de citar por su propio nombre, pues se podrían pintar fácilmente de modo que todos los reconocieran.

Y así, al hablar, *verbigracia*, del "hombre de los apócrifos", todo el mundo sabría al instante de quién se trataba.

El "chino del ministerio" sería reconocido al punto, igualmente, al aparecer en el curso del relato.

"El individuo del fez" causaría una gran sensación en la vida ficticia de la novela, como la causa en la vida real, de la que aquélla sería un reflejo, y si el autor temiese que con esa denominación no pudiera ser reconocido, aunque sus actos lo delatarían, podría recurrir, para pintarlo mejor, á aquel manoseado verso de Quevedo:

"Erase un hombre á una nariz pegado."

Indudablemente, podría el lector dudar tal vez ante la figura de cierto Ven. . . Maest. . . sin dar en quién podía ser, porque son muchos los políticos que pueden ostentar ese "grado", pero podría recurrirse á otros detalles para caracterizar con precisión á cada personaje.

A un general amigo del vice, que forzosamente tendría que "salir" en la novela, se le podría pintar fácilmente con sólo proponer de sus labios cuatro ó cinco disparates de los que suele soltar á menudo.

Y al protagonista no habría para qué pintarlo. Se pinta solo para ciertas cosas. Además, "el estilo es el hombre" y con sólo esbozar el de sus discursos, todos lo conocerían.

Y la novela se vendería como pan bendito, leyéndose con avidez en todas partes.

Lectores habría que, por no soltar el libro de la mano, se irían con él á la cama, y reclinados sobre blandos almohadones, seguirían leyendo hasta altas horas de la noche.

Y, si el lector fuera casado, al soltar, á lo mejor, una carcajada, divertido con la lectura, despertaría á su esposa que, llena de curiosidad, indagaría la causa de su risa.

—¿Qué lees, Ceferino, que tanto te divierte?

—Esa novela de que te hablé. Trae una descripción maravillosa de una sesión del congreso.

—Debe ser muy interesante.

—Mucho. Figúrate que un diputado que tiene el acta gracias á un gobernador, primo suyo, está pronunciando un discurso y habla de la pureza del sufragio, del civismo, de la abnegación por la patria y otra porción de cosas por el estilo...

—¿Qué gracioso! Anda, lee en alta voz para que yo también disfrute.

Y el esposo complaciente leería la fiel descripción que llenaría de regocijo al feliz matrimonio, cuyas carcajadas habrían de estallar, á cada paso, ante la comicidad de las situaciones y del lenguaje parlamentario.

Todavía sería tiempo si se quisiera llevar á la práctica mi idea, pero convendría apresurarse, no sea cosa que alguno de esos autores dramáticos que acostumbra aprovecharse del pensamiento ajeno, se apresure á escribir una obra, explotando ese espléndido tema.

Porque entonces los personajes esbozados, en lugar de aparecer en el amplio marco de una novela, figurarían quizás en un sainete.

Aunque, después de todo, tal vez el asunto se preste más para eso.

BISTURI.